

INSPIRADA EN UNA OPERACIÓN REAL

NADA QUE NO ESTÉS DISPUESTO A PERDER



XAVI PONS

XAVI PONS

NADA QUE NO ESTÉS DISPUESTO A PERDER

MUESTRA GRATUITA · PRÓLOGO Y CAPÍTULO 1 A 3

© 2021, 2026 Xavi Pons · xaviponsautor.com

PRÓLOGO

Port Olímpic, Barcelona. 22 de diciembre de 2016, dos y media de la madrugada.

En el muelle de Mestral no cabe un alma más. La música de los bares se pisa de un local a otro, los chupiteros hacen sonar sus silbatos en las puertas y una marea de gente con ganas de fiesta va y viene sin sospechar que, entre ella, hay policías esperando una señal.

El sargento Jesús Bernal escucha la emisora como quien escucha su propio pulso. Llevan meses detrás del clan de Fabio Vargas y esta noche, si la información es buena, llega el cargamento que debe surtir de cocaína a todo el puerto durante las fiestas.

—Acaba de entrar el coche del lugarteniente —informa el agente que controla el acceso al recinto—. Cuatro ocupantes.

Los ve bajar del vehículo y dirigirse a los locales. El responsable de los chupiteros ya los espera. Se saludan. El segundo de Vargas se aparta unos metros para atender una llamada que apenas dura unos segundos. Cuando cuelga, hace un gesto a sus dos acompañantes y los tres echan a andar, sin prisa pero sin pausa, hacia las escaleras que suben al paseo marítimo.

Las escaleras las cubre Márquez. El Niño ha confirmado su posición hace un minuto.

Jesús no espera más. Si se le escapan, se acabó.

—A todas las unidades: adelante. Adelante.

El dispositivo se despliega en segundos. Gritos, vasos rotos, clientes que no entienden nada, camareros con las manos contra la pared. En poco tiempo, la zona de los bares está controlada. Jesús pide novedades a la posición de Márquez.

Nada.

Insiste. Silencio. Se dice que es la cobertura, que es el ruido, que el chaval tendrá el auricular mal puesto. Manda a dos agentes hacia allí y, antes de terminar de dar la orden, ya está corriendo él también.

Lo encuentra bajo el hueco de la escalera. Solo. Tumbado bocabajo, con un charco oscuro que crece a su alrededor sobre el cemento. En el suelo brillan dos vainas. Con el estruendo de la música, nadie ha oído los disparos.

Jesús se arrodilla, le da la vuelta y aprieta con las dos manos mientras grita por la emisora pidiendo una ambulancia. La sangre se le escurre entre los dedos, caliente.

—Aguanta, Niño. Aguanta, que ya vienen. No me hagas esto.

A unos metros, en la barra de algún bar, alguien brinda a gritos por la Navidad. Jesús todavía no lo sabe, pero esta noche no solo está perdiendo a su amigo.

1

«Estoy hecho polvo». Eso es lo que reza el pequeño tronco enterrado en ese bosque escrupulosamente cuidado. Hasta hace dos años no sabía que existiera un sitio como ese: un recinto natural donde enterrar las cenizas de los seres queridos para que pasen la eternidad más a gusto. Su amigo había sido reducido a un puñado de cenizas, luego introducidas en un cilindro de madera de aproximadamente quince centímetros de diámetro por veinticinco de alto. En la cara superior, la única que se encuentra desenterrada del suelo, además de la macabra frase figuran también la fecha de nacimiento, la de defunción y, obviamente, el nombre del difunto. Héctor Márquez. Su compañero. Su amigo. Su hermano. Ese imbécil al que le gustaba el humor negro hasta el punto de dejar constancia en su tumba, o más bien en su cilindro.

A pesar de la proximidad de las fechas navideñas, el sol luce como si el cielo hubiera decidido mejorar de alguna manera ese día y hubiera enviado a paseo a todas las nubes. O tal vez es que alguien, ahí arriba, quiere ver la escena con más nitidez. Él, que camina como un autómatas, no levanta la vista del suelo.

Hace mucho tiempo que ha dejado de llorar, y ese día en el cementerio de Roques Blanques no va a ser diferente. Es 22 de diciembre de 2018. Hoy hace dos años que mataron a su compañero. Una leve y fragante brisa de musgo y pinocha lo acompaña en la procesión por ese peculiar camposanto. No ha

sido nunca devoto de las ceremonias y los paripés, y menos aún de los religiosos, pero por alguna extraña circunstancia hay algo que lo empuja a hacer acto de presencia en ese lugar. Quizás arrastra un profundo sentimiento de culpa que intenta paliar en vano. Es posible que sea la manera de canalizar su pena y su ira, la forma que ha encontrado de suplir el llanto.

No ha borrado, setecientos treinta días después, ni un solo detalle de aquella fatídica noche de jueves que le arrebató sin compasión a su amigo. 66513. Ese fue el número premiado del sorteo de la lotería de Navidad que se había celebrado la mañana de ese día. Jesús escuchaba de fondo por la radio la retransmisión de las cantinelas añejas de los niños de San Ildefonso mientras acababa un informe que debía entregar al juez instructor antes de las tres de la tarde, ajeno a que su premio gordo saldría horas más tarde. Tenía claro que no se iba a hacer rico gracias al azar y por eso no compraba jamás ni un décimo, pero en el sorteo de aquella noche llevaba todas las papeletas sin saberlo.

Enfrascado en sus pensamientos, no oye el móvil hasta el tercer o cuarto tono. Aunque está solo, le parece una falta de respeto contestar allí, y cuelga sin mirar quién llama. Es en ese momento cuando verdaderamente se percata de la gran cantidad de personas que, como Héctor, yacen perfecta y escrupulosamente alineadas, respetando la distancia entre ellas como si de un cultivo de tubérculos se tratase. Guarda el teléfono en la chaqueta y vuelve a quedarse inmóvil frente a la urna, con la cabeza ligeramente ladeada. Segundos después hace un barrido visual, como esperando encontrar alguna presencia entre los compañeros de reposo de su amigo. Finalmente, casi sin voz, susurra: «Lo siento, tronco». Intenta acompañarlo de la sonrisa cómplice de otros tiempos, pero no le sale. Con la mirada en el suelo, desanda el camino hasta la moto. Sin mirar atrás, como si el

tiempo corriera ahora a cámara lenta, Jesús se pone el casco, se calza los guantes y, tras un suspiro, arranca.

2

Entra en casa y cierra la puerta, empujándola con el pie derecho y las últimas fuerzas que le quedan. Sin desviarse ni un ápice de su camino hacia el sofá, deja caer al suelo todo lo que lleva en las manos —incluido el casco, que después del estruendo se desplaza rodando hasta que una de las patas de la mesa del comedor interrumpe su avance— y, con la chaqueta aún enfundada, se desploma bocabajo en el tres plazas como si lo hubieran arrojado desde un helicóptero. Fuera, en las calles egarenses, sus habitantes aprovechan el inusitado oasis primaveral en medio de un duro invierno para copar las terrazas de los bares; el murmullo jovial de la muchedumbre llega atenuado al interior de la vivienda. En su interior, él, con la cabeza engullida por el cojín, piensa que si no fuera porque la respiración es un movimiento involuntario ya hace tiempo que habría dejado de hacerlo. No le importa nada en absoluto cuanto le rodea. En un arrebato de genio, se recuerda que él no es de esas personas, de esos cobardes, que tiran la toalla al primer escollo en el camino, que abandonan cuando aún no ha acabado la contienda solo porque el viento no les sopla a favor. Pero, a pesar de ese pensamiento, nota que el cuerpo no le responde. Su mente libra desde hace un par de años una batalla consigo misma de la cual no está saliendo airoso. Y fruto de ella, su cuerpo también se resiente de manera palpable.

Hace dos años, a Jesús Bernal le gustaba gustar. Cuidaba su aspecto, tenía el cuerpo de quien ha hecho deporte toda la vida y sabía sacar partido, cuando le convenía, a una sonrisa de tunante que desmentía la seriedad de sus facciones angulosas y su piel morena, herencia de sus raíces sureñas. De aquel tipo no queda nada. A sus treinta años, lo que se ha desplomado en el sofá es un muchacho flacucho, con ojeras tatuadas bajo unos ojos pequeños y apagados, una barba descuidada y una cabellera a juego que hace semanas que no ve un peine.

Tampoco queda el relaciones públicas que conocían sus amigos, el de la broma siempre a punto. A raíz de la pérdida de Héctor, la vida se le fue desmoronando como un castillo de naipes en un día de tramontana. Se sometió a un juicio sumarísimo por su muerte y se declaró culpable. Desde entonces vive sin rumbo, con la sensación de que el remordimiento se lo come por dentro.

Se divorció de su mujer, con la que vivía una relación que se cogía ya con pinzas. Estaba rota de antes, pero, a raíz de los acontecimientos, irremediablemente se constató esa fractura. A partir de ahí, la caída fue en picado. Se quedó solo en casa, sin más compañía que el alcohol. Dormía solamente cuando su cuerpo claudicaba al desgaste neuronal o al alcohol, pero no descansaba ni física ni mentalmente. Sus superiores también decidieron apartarlo del servicio cuando, sin querer hacer nada por evitarlo, se convirtió en un auténtico despojo. Su actitud no ayudó lo más mínimo. Se transformó en un hombre huraño; apenas se relacionaba, y cuando lo hacía era para regalar alguna falta de respeto o cualquier otra perla que dirigía contra algún compañero o superior. Al principio le toleraron los desplantes; después, al ver que no hacía nada por levantarse, se les acabó la paciencia. También la relación con su familia se había resentido sustancialmente. Se había fraguado una distancia que crecía por

momentos con sus padres, a quienes cada vez visitaba con menor frecuencia, quizá para protegerlos y no hacerlos partícipes del sufrimiento por el que estaba pasando, pero su familia interpretaba sus ausencias como actos constantes de egoísmo. Era incapaz de acumular más sentimiento de culpa.

No sabría determinar si han pasado unos minutos o varias horas desde que se había abandonado al abrigo del sofá cuando vuelve de su letargo y decide poner todo su empeño en recobrar la verticalidad. Su objetivo no es otro que un vino tinto de Montsant que guarda en el botellero de la cocina, donde tiempo atrás había llegado a albergar una colección de buenos caldos. Coge la botella de Brunus, que, con una destreza inaudita, en cuestión de segundos descorcha, y sirve el vino en un vaso que encuentra en la encimera y que no se molesta en comprobar si está limpio o sucio. Da un trago largo hasta engullir por completo el contenido depositado y, mientras se está volviendo a llenar el vaso, cae en la cuenta de que todavía no se ha quitado la chaqueta. De mala gana y sofocado por el calor añadido del pimple, se quita con cierta torpeza la prenda y se le queda enganchada una de las mangas, de la que se intenta zafar con una sacudida del brazo. Fruto del movimiento acaba deshaciéndose de ella, que a su vez proyecta el teléfono móvil que contenía en su bolsillo derecho; cae acompañado de un estruendo que alerta a Jesús. En ese momento recuerda que había recibido una llamada en el cementerio y, a regañadientes, se levanta del taburete donde se había acomodado para recoger el terminal. Sigue funcionando. En la pantalla, no una sino cuatro llamadas perdidas de un número que no tiene en la agenda.

Mientras mira esos nueve dígitos, Jesús se debate entre seguir ajeno al mundo exterior o sucumbir a la curiosidad que, como a cualquier investigador, aún le produce el hecho de no saber. Por

un momento, piensa en su familia. Hace más de una semana que no tiene contacto alguno con ellos y teme que ese llamante desconocido e insistente pueda ser portador de malas noticias. Mira la hora en la pantalla del móvil mientras lo sujeta con la mano derecha. Son las dos y cuarto de la madrugada. Duda un segundo si es irrespetuoso devolver la llamada a esa hora, pero hace ya meses que ha dejado de tener ese miramiento en el trato con las pocas personas con las que todavía se relaciona puntualmente. Así que desbloquea el terminal con el dedo gordo de la misma mano con la que lo sujeta y con un movimiento adicional pulsa la orden de devolver llamada. Primer tono. Jesús gira sobre el taburete sobre el que permanece sentado. Segundo tono. Se descubre reflejado en una olla que está en el escurridor desde hace varios días y se avergüenza de la imagen deplorable que el cacharro le devuelve. Tercer tono. Nuevo lingotazo de vino. Cuarto tono. A medida que pasan los segundos empieza a frustrarse y decide colgar la llamada. Quinto to...

—¿Sí? ¿Bernal, eres tú? —solicita la voz recién desvelada de una mujer sin excesiva energía.

Por un momento Jesús no articula palabra, mientras su cerebro procesa a toda velocidad la voz e intenta cotejarla con las registradas en su hipocampo. Su sistema límbico, a pesar de la intoxicación etílica, no falla. Se produce un resultado positivo en el análisis en apenas tres segundos.

—Joder, Gisbert, ¿eres tú? ¿Se puede saber qué cojones quieres? —regaña sin consideración a su interlocutora.

La voz al otro lado del teléfono se apaga durante unos instantes, y tras recomponerse mínimamente le responde con evidente ironía y exagerando la entonación:

—¡Usted perdone si lo he perturbado en medio de la noche! ¡Para nada fue mi intención, oh, señor!

Se produce un breve silencio y Jesús recula y, aunque remoloneando un poco, se disculpa. Clara Gisbert es la mejor jefa de unidad que ha tenido, y por encima de todo la considera una buena persona.

—Bueno, si no es tan importante el motivo de tu llamada ya hablamos en otro momento. Te dejo —apostilla él.

—Espera un momento —pide ella apresuradamente, ante la sospecha de que él está a punto de colgar—. Ya que me has tocado las narices a estas horas, vas a tener que compensármelo. Mañana a las ocho de la tarde te espero en el Syrah. Tengo algo que te va a gustar.

Cuando aún el sonido de la última palabra pronunciada iba de camino al oído de Jesús, ella interrumpe de manera brusca la comunicación, a cosa hecha. Hace tiempo que se conocen. Ella sabe perfectamente cómo tratarlo y cómo captar la atención del que había sido su subordinado.

—La madre que la... —Jesús se queda mirando el teléfono con una sonrisa de medio lado y con la sensación de haber sido retado.

La rabia y el interés se mezclan a partes iguales. Deja el teléfono en la encimera, rebaña de un sorbo el vino que queda en el vaso y deja para mañana la decisión de acudir o no a la cita, aunque de antemano sabe que es la primera vez en muchos meses que alguien ha infundido una brizna de motivación a su funesta existencia.

3

Seis y cuarto de la tarde. Jesús está acabando de acicalarse. Después de varias semanas sin ver una cuchilla, aseándose lo justo y evitando el peine a toda costa, está a punto de salir de casa hecho un pincel. Aunque está lejos de su mejor versión —esa que murió días después de que dispararan a su compañero—, en una ojeada rápida en el espejo del recibidor antes de salir, Jesús vuelve a reconocerse.

Gisbert lo conoce a la perfección. Con dos frases lanzadas de madrugada lo ha sacado del fango como si le hubiera instalado un resorte. Y con premeditación y alevosía: lo ha llamado desde un número que él no conocía, para que no pudiera ignorarla como tantas veces en estos dos años, y lo ha citado en uno de sus locales favoritos. Sabía que picaría como el más tonto de los peces.

El Syrah es un bar de vinos ubicado en una de las calles peatonales del centro histórico de Terrassa. Buenos vinos, una carta larga de montaditos y un ambiente acogedor que cada tarde llena el local. No es casual que el establecimiento fuera uno de los puntos de reunión más habituales para Jesús; cuando tenía esas reuniones, claro. Hacía meses que no pisaba el Syrah. De hecho, en muy contadas ocasiones en estos dos últimos años ha frecuentado algún lugar donde se desarrollara actividad social. Sin embargo, son las siete y cuarto de la tarde y ya está sentado en el bar, con una copa de Abadía Retuerta que el camarero le ha

llenado con generosidad. El gerente lo ha recibido como a un hijo pródigo, y Jesús se ha refugiado en uno de los taburetes altos del fondo.

Mientras espera, hace lo que hace siempre: estudiar a la gente. La pareja de la mesa de al lado lleva diez minutos sin dirigirse la palabra. El hombre de la barra ha mirado tres veces el reloj y ninguna a la mujer que tiene delante. La chica del abrigo rojo calza unos zapatos demasiado caros para el vino que ha pedido. Siempre lo ha hecho, pero el oficio ha convertido esa destreza —o esa tara— en un acto reflejo.

Faltan dos minutos para las ocho cuando la puerta se abre y entra una melena cobriza de rizos y tirabuzones tan voluminosa que uno duda si es pelo o alguna mascota peluda que se le ha encaramado a la cabeza. Media sala se gira a mirarla. Clara Gisbert nunca ha sabido pasar desapercibida, y tampoco lo ha intentado: cincuentona, de complexión poco atlética, viste con unos colores vivos que harían llorar al manual del investigador, donde se exige lo que en el gremio llaman «perfil gris». En todos los años que trabajaron juntos, Jesús nunca la vio pensar como un delincuente. No es de calle. Cree en la bondad de la gente con una fe que a él le parece temeraria. Pero ponla delante de un grupo de policías cabreados, de un comisario con prisas o del charlatán más ducho, y en cinco minutos los tiene a todos de su lado con una sonrisa que arropa. Y una vez al año, sin falta, desaparece sola a algún lugar remoto a meditar.

Jesús no hace ningún gesto para que lo vea, pero ella lo localiza enseguida y enfila hacia su mesa. Él la mira acercarse con una leve sonrisa pícara. Nunca se lo ha dicho, pero le tiene un cariño profundo. Le resulta entrañable y jamás olvidará lo mucho que lo cuidó y protegió cuando él era un novato en el Cuerpo y aterrizó en la Comisaría de Barcelona. Allí, ella, ya como jefa de una

Unidad de Investigación de distrito, se encargó de intentar encauzar ese ímpetu con el que Jesús llegó cual pollo sin cabeza. Como apostillaba un antiguo *spot* publicitario de neumáticos, la potencia sin control no sirve de nada. Y eso es lo que trató con ahínco de hacerle entender. La extraña pareja acabó tejiendo algo que se parecía más a una relación de madre e hijo que a la de una jefa con su subordinado. Clara Gisbert era consciente que Jesús no siempre llevaba las investigaciones con un estricto cumplimiento de la legalidad y los procedimientos. Ciertamente, Jesús no era el paradigma de la buena praxis, pero conocía perfectamente dónde estaban los límites, y, por otro lado, los resultados que obtenía eran incontestables. Ella siempre sacaba la cara por él si era necesario, y en algunas situaciones le proporcionaba la parte de serenidad que necesitaba. Así que formaban una buena alianza, en la que cada uno aportaba sus fortalezas y talentos al servicio de un bien común y a la vez se respetaban sus discrepancias. Únicamente la muerte de Márquez agrietó esa relación, dejándola como un púgil en medio del cuadrilátero, a punto de besar la lona.

—¡Por fin consigo verte, maldito idiota! —reprocha la mujer a la vez que con una sonrisa sincera y un abrazo se lanza directa a Jesús, convertido momentáneamente en un espantapájaros.

Sus mejillas se rozan y suenan los besos.

—No estamos empezando de la mejor manera, me parece —alega él con una mueca de falsa indignación por el insulto e intentando disimular de manera chapucera que el encuentro le produce cierta emoción—. Qué elegante te has puesto para la cita —bromea con socarronería.

Ella ignora la provocación, se quita un chaquetón de paño verde oliva, lo dobla sobre el antebrazo y lo deja junto a su bolso Misako. El camarero ya está a su lado. Pide una copa de Didó

blanco, se repantingaba en el asiento, suspira y clava la mirada en Jesús.

—¿Cómo estás? —le demanda aprovechando el rebufo del suspiro.

—Pues bien, voy haciendo —miente él. Va contra su religión mostrar debilidad ante nadie. Tiene auténtica fobia a la sensación de proyectar en los otros el más mínimo atisbo de pena—. Esto de la excedencia es una bicoca. Te dedicas a hacer lo que te place sin tener que dar explicaciones a tu jefe —añade, dedicándole un guiño cómplice que, a juego con su forzada expresión de satisfacción, resulta palpablemente impostado—. Y cuéntame, ¿tú que tal estás? Ya me llegó que te habían mandado a la unidad de investigación de mi pueblo. Me alegro. Hacía falta alguien competente en Terrassa —suelta de carrerilla, con la ambigüedad en la entonación propia del que quiere desconcertar a su interlocutor.

—Mira, Jesús, no me voy a andar con rodeos —espeta ella, haciendo caso omiso al discurso provocador—. Quiero que vuelvas a trabajar conmigo. Y qué mejor sitio que tu ciudad. Si Mahoma no va a la montaña... Mírate, estás que da pena verte. Y entiendo que te importe un carajo, y en realidad a mí también —miente—, pero no creo que sea justo que tires por la borda tu valía como policía. Además, no creo que puedas vivir de renta el resto de tu vida, así que en algún momento vas a tener que volver a trabajar. Y, sinceramente, creo que hemos venido a este mundo a ayudar a los demás en aquello que mejor sabemos hacer, aportando nuestro don, nuestro talento. Así que no solo te estás fallando a ti mismo, sino también a tus familiares, amigos y a todos tus conciudadanos. Creo que no hay mejor momento para sacudirte toda esa mierda que llevas encima y volver a la vida.

—Menos sermoncitos y monsergas, Gisbert, que ya no soy el niño al que acogiste en su día. Sinceramente, me la sudan mis conciudadanos y la madre que parió a mi don. —Ahora miente él—. ¿Sabes dónde estuve ayer? —sin esperar la respuesta, prosigue—. En el puñetero cementerio. ¿Y sabes quién estaba allí? —pregunta airadamente—. Márquez. ¿Lo recuerdas? Ese chaval al que hace dos años un maldito hijo de puta le pegó dos tiros y lo mandó al hoyo. Así que, ¿puedes decirme por qué iba a ser buen momento ahora? ¿A santa Clara le apetece salvar una causa perdida para entretenerse y sentirse mejor?

La subinspectora ha abierto la caja de Pandora. Media sala mira ya hacia su mesa: Jesús ha ido subiendo la voz sin darse cuenta. Gisbert deja que acabe de vomitar la rabia. Deja pasar unos segundos que se hacen eternos y, con una calma pasmosa, suspira, se inclina hacia él y le clava los ojos.

—Sé perfectamente qué día fue ayer. Deja de autocompadecerte, que ni eres el centro del universo ni tampoco el único que lo ha pasado mal. ¿Sabes por qué no podría haber un momento mejor? Porque ese hijo de puta del que hablas está aquí, en Terrassa, más cerca de lo que nunca ha estado en estos dos últimos años. ¿Y qué piensas hacer tú? ¿Encerrarte en casa a llorar metido en la ducha en cuclillas y estrujando la esponja mientras Vargas sigue traficando y asesinando gente en tu ciudad?

ASÍ EMPIEZA

Hasta aquí la muestra. Jesús Bernal acaba de decidir que vuelve. Lo que viene después son vigilancias de madrugada, un grupo de tres agentes que nadie quería, ochenta kilos de cocaína escondidos en piñas y alguien que le cuenta a Vargas lo que va a hacer la policía antes de que lo haga.

La novela completa está en **xaviponsautor.com**, en la edición del autor, que incluye la nota *Lo que hay de verdad*: qué casos reales hay detrás de la historia y qué se cambió.

Gracias por leer.

Xavi Pons